

Ricardo A. Latcham

Domingo Melfi Demarco

Casi un cuarto de siglo de convivencia amistosa nos hizo conocer en todo su valor la calidad moral e intelectual de Domingo Melfi Demarco. Era un hombre rectilíneo, de gran señorío espiritual, dotado de sólida y amplia cultura, que nunca perdió su magnífica prestancia de escritor. Lo conocimos en Talca, allá por 1921, en una época en que diseñaba en su destino la decisión que prevalecería definitivamente: la de entregarse al arte para siempre.

Era un esteta, que tenía un raro conocimiento de las ideas y de las corrientes del pensamiento antiguo y moderno. Esto lo asentaba sobre la realidad, pero un risueño escepticismo lo hacía rehuir los dogmatismos y lo colocaba en un ángulo sereno, desde el cual miraba el fluir cotidiano al margen de las pasiones y de las envidias de los impacientes y de los arteros.

En la tranquilidad provinciana aprendió a pulir los períodos de su prosa y a buscar la morbidez estilística a la sombra de los maestros que él amaba: Renan,

D°Annunzio, Remy de Gourmont. Hubo una época en que fué también un stendhaliano y sacó de la obra del autor de «La Cartuja de Parma» el seudónimo que despertó la curiosidad de los hombres de letras santiaguinos. Ese Julián Sorel que colaboró en la «Revista de Artes y Letras» y en el suplemento dominical de «El Mercurio», encerraba las vivencias de su atormentada soledad y de su vocación intelectual.

Después se instaló en la capital y afrontó horas ingratas, incomprendimientos y momentos amargos que pronto quedaron atrás. No era de los que se dejan vencer por el desaliento o carcomer por la molicie. Desde 1931 dirigió la revista «Atenea», de la Universidad de Concepción, y la abrió a todos los vientos. Después, como crítico literario de «La Nación» y como Director de este diario, en el que permaneció desde 1932, supo acoger a los valores nuevos y proteger a los que se levantaban sin otro blasón que el talento. Resultaba un amable estimulador, un maestro sin cátedra visible, pero que ejercía una influencia provechosa sobre las generaciones abiertas al porvenir. Ayudaba sin tregua y aconsejaba con suavidad, como si estuviera todavía conversando con los antiguos amigos talquinos, en los días que lo frecuentábamos junto con Jerónimo Lagos Lisboa, Jorge González Bastías y Enrique Escala, allá por 1925, en la plaza de la ciudad del Piduco.

La vida y los éxitos del último tiempo no produjeron ninguna transformación en el soñador romántico que

escribió sin publicar nunca, un comentario lírico sobre el poema dramático de Ibsen, «Peer Gynt». El libro se dividía en tres partes breves: «La Partida», «El Abandono» y «El Retorno». Todo esto quedó amontonado en ese trasmundo que conocen los escritores y cuyos rincones están poblados por las mejores ilusiones y por las fantasías más bellas.

La crítica fué en las manos de Melfi una tarea creadora y directiva que dejó a un lado los detalles y la cominería erudita. En todo instante se convirtió en tarea de arte y de sensibilidad, en comentario libre en torno a las ideas y a los hombres representativos. Así salieron de su pluma varios volúmenes de enjundioso contenido: «Dictadura y Mansedumbre», en 1930; «Portales», en 1931; «Sin Brújula», en 1932; «Pacífico-Atlántico», en 1934; «Indecisión y Desengaño de la Juventud», en 1935; «El Congreso de Escritores de Buenos Aires», en 1936; «Dos Hombres» (Portales y Lastarria) en 1936; «Estudios de Literatura Chilena», en 1938; «Panorama de la Literatura Argentina y Uruguayas», en 1939; «El hombre y la Soledad en las Tierras Magallánicas», en 1940; «El Viaje Literario» y «Tiempos de Tormenta», en 1945. No es todo lo que pudieron producir su fecunda imaginación y su bien nutrido talento de ensayista. Quizá hayan quedado otras cosas que no quiso entregar a la publicidad o esas expansiones líricas juveniles que su pudor crítico lanzó a un desván; pero en tales facetas

de su noble inteligencia es posible que estuviera lo más representativo de su ímpetu inicial en la época en que desde Talca se escudaba con el pseudónimo de Julián Sorel y miraba al mundo con un claro optimismo.

En sus postreros años Melfi se dedicó a revisar con entusiasmo el desarrollo literario nacional, y de esos desvelos quedó muestra en dos libros de gran belleza: «Estudios de Literatura Chilena» y «El Viaje Literario». Todos sus amigos comprendíamos que las letras patrias iban a salir de esta empresa remozadas del polvo que las cubría y realzadas con un estilo dinámico, capaz de animar las inertes materias del pasado. La muerte sorprendió al esteta después de una corta ausencia en que paseó su inquietud por los Estados Unidos, y lo arrebató bruscamente cuando volvía a empuñar la pluma que aclaró el panorama chileno por más de cinco lustros. Quedó interrumpida la jornada, y entre sus amigos y compañeros existirá un vacío verdadero, de esos que dan la sensación cabal de lo irreparable por cuanto se lleva algo de nosotros mismos o, como quien dice, un pedazo de nuestra propia biografía.

Otros podrán escribir sobre Domingo Melfi algo más completo y objetivo. Para los que lo trataron en esta casa y junto a él captaron la realidad cotidiana, en fecundo consorcio, desaparece un compañero incomparable y un espíritu altísimo que dió lustre a su generación e hizo de la amistad un culto caballeresco. Murió joven todavía, porque era de esos hombres que no

estaban maduros para un largo vivir. Pero quedará perenne el recuerdo de su obra malograda por el destino cuando llegaba a la sazón creadora, y también su gran experiencia literaria, moviéndose siempre en la memoria, con apretadas raíces en la tierra y superando el tránsito aciago que nos acongoja.